

LA OBSESION.

¡La guerra, la guerra...! ¡La guerra con los Estados Unidos! No hay medio de hablar de otra cosa. ¡Qué hablar...! ni pensar siquiera, ni soñar es posible en algo en cuyo fondo no se vea la guerra. Nuestras ocupaciones, nuestras aficiones, nuestros afectos, nuestros intereses, los mas particulares, los mas íntimos, los mas ajenos á la vida pública, están hoy subordinados á la idea de la guerra, están impregnados de ella; porque ella satura el aire que respiramos, y con el aire penetra y se infiltra en el taller, en la oficina, en el hogar y hasta en el templo.

Despierta el español por la mañana y encuentra bajo su mano el periódico que de pronto le mete en el alma la condensacion de todas las fiebres y agitacionés de la víspera. Noticias enormes, que se contradicen, de barcos que van y vienen, de notas diplomáticas que se cruzan, de discursos patrióticos que entusiasman y de otros agresivos que indignan; peligros que se forjan en la oscuridad, esperanzas que brotan, se ensanchan y desaparecen para renacer luego y volver á disiparse; temores por todos lados; pánicos en la Bolsa; motines con «¡vivas!» y «¡mueras!» en las calles, y en el fondo de todo ello la guerra, la guerra que viene, la guerra que avanza, que ya llega, horrible, fascinadora, manteniendo calenturientos y jadeantes á dos pueblos que á cada momento parece que van á echarse uno contra otro... y que nunca acaban de hacerlo, como petrificados en una angustiosa inminencia. Con esta pesadilla entramos cada dia los españoles en nuestra labor diaria.

Salimos á la calle, y en las palabras cazadas al vuelo, en la gente parada delante de los carteles de las cotizaciones, en los soldados que pasan, en la guardia que está fija en la puerta de un consulado, en la agitacion delante de las casas de crédito, en las caricaturas expuestas en los kioscos, y hasta en los anuncios de los teatros, vemos continuada la pesadilla del periódico.

Llegamos á nuestros negocios, á nuestras oficinas, y allí la obsesion se precisa mas; los francos que suben, los valores que bajan, los tratos que se hacen bajo condicion ó se deshacen en un momento, la incertidumbre que aumenta, el porvenir que se cierra, nos ponen ante los ojos la trascendencia del malestar público á nuestros intereses particulares, al ejercicio de nuestra profesion, hasta al pan nuestro de cada dia.

Para distraernos un poco vamos al café ó al casino y encontramos á nuestros compañeros de grupo atareados, ya en sumar y restar escuadras ó millones, en discutir probabilidades, en alzar los brazos al cielo como otros tantos Jeremías, ó en dar puñetazos á la mesa apostrofando á lejanos enemigos.

Para huir de la obsesion salimos á las afueras de la ciudad, á la paz de los campos, á despoblado, y al ruido de nuestro paso el solitario labrador levanta la cabeza y descansando un instante sobre su herramienta contesta á nuestro saludo preguntándonos: «Oiga V., señor, ¿dicen que va á haber guerra?»

Entonces volvemos corriendo á encerrarnos en casa, á aislarnos de la sociedad y del mundo exterior en busca de algun reposo... y nos encontramos con que nuestra mujer, ó nuestros padres, ó nuestros hijos precisamente nos estaban aguardando con ansiedad para obtener de nosotros la última impresion sobre la guerra, ó para darnos como artículo de fe alguna de esas enormidades que en tales dias brotan por generacion espontánea así en los mercados como en las tertulias mas pacatas.

Por fin, llega la noche y al adormecernos (que ya es milagro) vibran en nuestros oidos los acordes de la «marcha de Cádiz», que tocan con acompañamiento de gran jarana en el café de abajo ó en el teatro de enfrente. Dormimos y ¿qué soñamos? Horrores.

Y esta obsesion no pesa solamente sobre nosotros. Todo el mundo civilizado piensa hoy en la guerra entre España y los Estados Unidos. De eso tratan en todas sus secciones, desde el artículo de fondo hasta la crónica local, todos los periódicos extranjeros, los centros oficiales y no oficiales de todas las naciones del globo, las academias científicas y literarias; de modo que, hoy por hoy, como

en tiempos de Carlos V Emperador, podemos envanecernos de que el sol no se pone en nuestros dominios, si entendemos por dominios los de las ideas de todo el mundo. Es demasiado: para un Estado como el español, es verdaderamente demasiado.

Volviendo á lo que á nosotros los españoles nos toca, la obsesion ha llegado ya al punto en que se siente la necesidad, hasta fisiológica, de deshacerse de ella de cualquier manera: ha llegado á convertirse en un clamor unánime de que esto acabe y sea lo que haya de ser. No hay partidario de la paz, por acérrimo que sea, que no esté deseando que rompa de una vez la guerra, si ella, con todas sus catástrofes, ha de acabar con tanta incertidumbre; no hay partidario de la guerra que no esté ya harto de cañones y de torpedos, y de desembarcos y bombardeos y buques quilla al sol antes de que se haya disparado el primer cañonazo: ya le parece que lo ha visto todo y que ha pasado por todas las victorias y derrotas de la historia universal: ya desearia poder pasar á otro capítulo. Unos y otros están, estamos, estenuados de puro imaginar lo que va á venir ó lo que no va á venir. Si cuando empezó esta agitacion mental hubiera, en vez de ella, empezado la guerra de verdad, tal vez muchos estaríamos ahora malparados y otros muchos muertos, pero todos menos cansados, menos agotados que ahora, en que todavía no hemos hecho nada.

Esto no puede durar. La naturaleza moral, como la física, se opone á la prolongacion de tales estados indefinidos, reacciona contra ellos y los resuelve en bien ó en mal, aunque en absoluto siempre en bien, porque, terminen como terminen, concluyen en un descanso.

Cuando la nube tempestuosa se cierne sobre una comarca produciendo insupportable asfixia y sobrescitacion nerviosa horas y mas horas, al desgajarse terrible el primer rayo y sobrevenir furioso el aguacero, el pecho del hombre, que parece debiera oprimirse, se ensancha, y recibe la tempestad como una bendicion del cielo.

Cuando un enfermo de mortal enfermedad lucha dias y dias con la agonía por aferrarse la vida á un cuerpo que ya pertenece á la fosa, el enfermo mismo al espirar deja ver en sus facciones la espresion beatífica del reposo, y aun para aquéllos que mas le quieren la muerte aparece estrañamente consoladora.

También al punto de tension á que hemos llegado en eso de la guerra con los Estados Unidos, es muy posible que, cuando oyéramos de lejos ó de cerca el primer cañonazo, nos sorprendiéramos á nosotros mismos exclamando inconscientemente: «¡Gracias á Dios!».

Tal vez en el camino de este artículo de la redaccion á la imprenta haya resonado ya en toda España ese «gracias á Dios» ó bien otro mas consciente y mas pacífico. Entonces estas líneas habrán perdido su oportunidad como reflejo de un estado presente; pero á algun aficionado á coleccionar psicologías podrá servirle de *memorandum* de un estado de alma por el cual le gustará recordar haber pasado; porque, dolor ó placer, calma ó inquietud, todo es vivir, y cuanto mas mejor.

J. MARAGALL.

REVISTA DE PARÍS.

A pesar de las circunstancias recientes que han impreso á nuestra ciudad un aire sombrío, á pesar de la escasa ó ninguna brillantez que en el día ofrece el gran mundo; sigue París siendo uno de los puntos predilectos de los soberanos para llevar aquí vida de turista, libres de la fastidiosa etiqueta y pudiendo elegir á su gusto las distracciones que prefieran para su inteligencia ó para sus ojos. Así nuestra capital ofrece actualmente la mas discreta y al propio tiempo la mas simpática hospitalidad á la jóven Reina Guillermina de Holanda, que acaba de llegar acompañada de su madre la Reina Regente.

Viajan las augustas damas con el mas severo incógnito y su permanencia en Francia no dará motivo para ninguna ceremonia oficial. Quieren ver nuestros monumentos y museos, admirar las bellezas de París sin que las molesten las reglas del protocolo; y desean pasar inadvertidas, siendo de esperar que se respete su deseo y que no hayan de lamentarse de la curiosidad, lisonjera, pero con